

# Griegos en Palmilla

## EL VIAJERO DE LAS CUATRO ESTACIONES

Miguel Littin. Editorial Mondadori, España, 1990, 246 páginas.

**S**E supone que un cineasta de la altura de Miguel Littin —durante años ausente de Chile— tiene mucho espacio ganado cuando decide emprender, así sea tardíamente, su primera novela. Y en efecto, hay un espontáneo buen manejo narrativo, con destellos de realismo poético, en este relato de la odisea de sus ancestros griegos, inmigrantes en Chile: en Colchagua, para ser más exactos. Sin embargo, yo no diría que la novela posee un montaje de tipo cinematográfico, ni tampoco una agilidad particular del diálogo, atributos que parecerían de buenas a primeras las ventajas comparativas del hombre de cine a la hora de escribir una novela.

Las “estaciones” del título son una licencia literaria, pues designan unidades inespecíficas de tiempo. Tres cuartos de lo mismo ocurre con el viajero que, salvo su travesía inicial de Grecia a Chile, es más bien un protagonista sedentario que se mueve en pequeños círculos agrestes en torno al centro inmóvil de Palmilla. En este sentido la novela representa el intento de rescatar nostálgicamente un paraíso perdido, la antigua aldea de la memoria añorante y melancólica, la Palmilla que fue en las primeras décadas del siglo, entre San Fernando y Pichilemu. Al mismo tiempo se desarrolla un segundo rescate del olvido, la reconquista de la propia genealogía griega, la definición narrativa de la identidad personal de un nieto de inmigrantes, con sangre mestiza.

Debemos celebrar la medida del autor al no haber cedido a la fácil tentación de emprender una odisea a lo García Márquez, con los ya demasiado vistos elementos del realismo mágico y de las fáciles maravillas; salvo en esbozo de levitación por los aires, el relato se mantiene en clave verosímil, y nos recuerda más bien —por su aliento de tragedia y por su exploración del deterioro humano— el mundo de un Pablo García. Los ancestros griegos son escasamente heroicos, y caen bajo el análisis de un irremediable proceso de frustración y fracaso. Palmilla no es ciertamente un Macondo local; al tratamiento del lugar le falta más bien una mínima dosis de energía mitológica: echamos de menos el elemento de fabulación que hubiera podido enriquecer esta novela.

Si alguna fabulación hay, ésta se agota en los primeros capítulos, situados en la Grecia original de Kristos Kukumides. Es sorprendente el aire griego de los primeros episodios. No me refiero a la geografía ni a los asuntos, sino al temple formal con que se inicia la novela, recordándonos el pathos indefinible de un Kazantzakis, por ejemplo. Hay atmósferas herméticas, con personajes plenos de humanidad, arcaicos, intemporales, míticos. La gente corre por las colinas mediterráneas, se oyen gritos, se sufre, se ora a Dios, se blasfema: hay algo ferozmente primitivo en ese pueblo de raíces clásicas que es la cuna dorada del protagonista.

Cuando Kristos llega a Chile tras una larga y acontecida travesía marítima, haciendo de benefactor improvisado de un coro de inmigrantes griegas que vienen a reunirse con sus futuros mari-

dos en los valles de Colchagua, se pierde esa atmósfera arcaica y mítica para asumir un marcado aire no diré criollista, por fortuna, pero sí criollo: se temperan los rigurosos perfiles mediterráneos, esta vez borrosos con el polvo de los caminos de Nancagua, de Santa Cruz, de Palmilla: lugares donde los Ham Num se llaman Núñez, y los Salej, González: “turcos” todos, sean árabes o griegos. A pesar de todo, Kristos no cree al principio que Chile sea América, la tierra de promisión: le parece sólo un lugar de paso hacia el nuevo mundo, que identifica con el dulce trópico. Pero en definitiva, tras una vida frustrada y venida a menos, dejará sus huesos —y sus descendientes— en el valle central chileno.

Así es Kristos Kukumides visto por su nieto: “Amó entonces la figura enigmática del abuelo, su vida desordenada y libre, el desprecio a los horarios y a la rutina, su actitud siempre desafiante, su espíritu sarcástico, su andadura de navegante solitario, su vestir extravagante y esa indescifrable magia con que envolvía todo el entorno de su misteriosa vida”. A pesar de este texto ponderativo, Kukumides es un carácter rotundo pero no definido ni psicológicamente configurado, y esta vaguedad es común a todos los caracteres de la novela, un tanto imprecisos y emblemáticos. ¿Qué sabemos de Kristos, a la larga? Es un inmigrante cualquiera, de rasgos genéricamente griegos pero vagos; no conocemos el proceso interior de su individualidad sino sólo un manojito de gestos trágicos. Y así sucede con los demás personajes, que se balancean entre una verosimilitud borrosa y una mitología insuficiente.

La historia de Kristos Kukumides en Palmilla es demasiado lineal y pobre en acontecimientos vitales. Una solución narrativa posible, en estos casos, consiste en las historias colaterales, en las ramas del tronco argumental. Littin nos ofrece algunas sabrosas, como la historia de Aquino Amado y Pamela, pero a la larga estos episodios paralelos son demasiado pocos. Un aire de tragedia enriquece esta novela con la pugna mortal entre Padilla y Liberona, dos bandoleros; una nota pintoresca la adorna con la llegada del anunciador de terremotos; un soplo la refresca con el paso arrollador de Pablo de Rokha por esos andurriales, recitando sus poemas y consumiendo ingentes cantidades de alimento. La historia civil y política del país es un lejano telón de fondo, que sólo en contados momentos se acerca al primer plano y afecta la intimidad de los protagonistas; otro tanto ocurre con la guerra mundial. Palmilla es siempre Palmilla, después de todo; le falta relieve épico.

La novela enfrenta un problema con los tiempos narrativos, que parecen heterogéneos, casi manejados por el azar; episodios de pocos minutos duran muchas páginas, y después en unas pocas líneas corren los años. El procedimiento no es, de por sí, negativo, siempre que tenga una razón de ser. Aquí la tiene y no la tiene; paradójicamente, faltó coherencia cinematográfica a la secuencia narrativa. La sintaxis es a ratos deficiente; habría necesitado una revisión más cuidadosa. Lo mejor de esta novela son ciertas descripciones e imágenes animadas por una fuerza de naturaleza poética. Así, por ejemplo, cuando el tren avanza por la aldea: “era como si el ojo de un Dios motorizado recorriera espectral al anochecer de Palmilla”. Estos son los puntos fuertes de una novela interesante, a la que faltó, sin embargo, la dosis de fabulación y épica que sus primeros capítulos prometían. ■

El Mercurio. Supl. 20/05/1990 Por Ignacio Vzrlente  
000172316